



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 8

CTX 110 LITURGIA I

López Rubio, Amós. “La liturgia y el tiempo: celebrar a Cristo a través del año litúrgico”. En *Liturgia, fiesta de la esperanza: una introducción al culto cristiano desde una perspectiva ecuménica y latinoamericana*, compilado por Amós López Rubio, 153-176. La Habana: Editorial Caminos, 2018.

La liturgia y el tiempo: celebrar a Cristo a través del Año Litúrgico

Amós López

El Año Litúrgico es una experiencia celebrativa donde la totalidad de la historia de la salvación revelada en la persona y obra de Jesucristo se actualiza dentro la vida litúrgica de las comunidades cristianas. Es una propuesta pedagógico-celebrativa, que recorre, en el transcurso de un año, aquellos eventos fundamentales de la fe cristiana; a saber, nacimiento-vida-muerte-resurrección de Cristo, historia que continúa a lo largo de la vida y misión de la iglesia, en la espera de la venida final del Señor y la realización definitiva del Reino de Dios. Por su parte, el calendario litúrgico es el conjunto de ciclos y tiempos de la celebración con sus ritmos propios, “es la expresión visible y estructurada del Año Litúrgico” (López Martín, “Tiempo sagrado” 58).

Lectura teológica del tiempo

El ser humano es un ser simbólico y realiza lecturas simbólicas de su realidad. La observación del tiempo cósmico —las estaciones, la sucesión de días y noches, los cambios climáticos—, permitió que pueblos y culturas fueran comprendiendo los ciclos naturales y organizando su vida social en torno a esos principios. A medida que surgen los diversos calendarios, los seres humanos agudizan su sensibilidad e interpretan los ciclos del tiempo dentro de una cosmovisión específica que ordena y explica el universo, al tiempo que llena de sentido la vida. En este proceso, la religión ha jugado un papel decisivo. Ante la evidente impo-

tencia del ser humano pre-científico frente a las fuerzas ocultas de la naturaleza, las divinidades cumplirían el rol de controlar los ciclos naturales, garantizando así la continuidad de la vida.

En la antigüedad, el mito era la explicación narrativa de los orígenes de las realidades conocidas por los grupos humanos, las cuales se conciben como acontecimientos primordiales concebidos por la divinidad.

Este acontecimiento se concibe como portador de una “salvación” y se perpetúa en un determinado contexto ritual o acción simbólica que expresa o activa un significado compartido por un determinado grupo humano y sanciona un comportamiento socialmente útil. La historia primordial debe ser continuamente recordada [...] De este modo, el grupo regenera la historia y domina el propio destino. (Augé, *El Domingo* 14)

En medio de esta realidad, la Biblia ofrece el testimonio de un pueblo que hace una lectura diferente del tiempo. Cuando Israel incorpora la dimensión histórica a los acontecimientos naturales y celebra las liberaciones de Yahvé, enfrenta las concepciones del determinismo natural. Estas se sustentaban en una visión cíclica del tiempo —o ley del eterno retorno— como herramienta ideológico-religiosa que legitimaba un orden social opresor, como era el caso del culto baalista en Canaán. Allí la historia era una repetición indefinida de ciclos cerrados, sin ofrecer esperanza ni reflejar la vida real. Para salvarse, el ser humano debía salirse fuera del tiempo, liberarse del círculo eterno que lo amarraba a la fatalidad.

La observancia del sábado, las fiestas de la Pascua, los Tabernáculos, las Semanas, aun estando ligadas a los ciclos naturales, ponían su énfasis en la memoria de la salvación de Dios, lo cual conllevaba un fermento subversivo y crítico ante la posibilidad de que la sociedad israelita olvidara el pacto de vida y justicia contraído con Yahvé. Los ritos, entonces, no han sido una manipulación del tiempo sino “[...] una señal memorial de lo ocurrido una vez, una expresión de fidelidad delante de los preceptos de Yahvé y una señal del esperanza en el cumplimiento futuro de la promesa [...]” (CELAM, *Manual de Liturgia II* 392).

La ética solidaria a favor de la vida, sobre todo de los más débiles, es una de las principales demandas de los profetas al culto de Israel en los tiempos monárquicos (Jr 7; Miq 6; Is 58; Am 5). La tendencia del culto institucional era a reducir lo históricamente singular —lo temporal— a algo que se pudiera regular y manejar —lo intemporal.

Lo divino quedaría así confinado dentro de los límites del culto sacramental y dejaría de ser un reto lanzado al hombre para que asuma su responsabilidad histórica [...] aportándole por el contrario la tranquilidad que supone imaginarse a un Dios que en cierto modo está a su disposición, una seguridad que puede lograrse mediante la manipulación cultural que constituye el secreto de los sacerdotes. (De Vries, “El tiempo en la Biblia” 187)

En épocas de crisis nacional, destierros, dominación extranjera, injusticias y exclusiones, el pueblo israelita —particularmente en los textos de la historiografía y la escatología profética— fortalece su esperanza de un tiempo nuevo, mesiánico, que Dios va a establecer por medio de un reinado de paz. El espacio litúrgico alimenta esa expectativa y cada fiesta anuncia la irrupción de esa nueva realidad. De Vries destaca que, en el Deuteronomio, el “hoy” siempre es decisivo y nunca definitivo. Cualquier tiempo puede ser el tiempo de la acción de Dios. Esto permite decir que cualquier tiempo “[...] puede ser el momento de la decisión responsable del hombre, pues tiene constantemente conciencia de que Dios actuará para juzgar o salvar conforme a la respuesta del mismo hombre” (184).

Esta manera de sentir el tiempo y celebrarlo es la dimensión del *kairos* —instante, momento decisivo, oportunidad—, el tiempo nuevo en que Dios se manifiesta y cambia el curso de la historia. Para las comunidades cristianas, herederas de la lectura judía del tiempo y la historia como escenarios de salvación, Jesús es el *kairos* de Dios. En la vida y enseñanza de Jesús, Dios revela el advenimiento de una nueva era, signada por el evento de la resurrección. El Nuevo Testamento, en su visión del tiempo, afirma que la historia es orientada por el designio de Dios

hasta la plena realización de la redención al final de los tiempos: “Cristo recapitula esa historia de salvación y revela su contenido [...] Él es la llave de lectura de todo el proyecto divino, desde la creación hasta su última manifestación gloriosa” (Chupungco, *O ano litúrgico* 19-20).

Augusto Bergamini aclara que el retorno de las celebraciones sobre el misterio de Cristo en el círculo del año no debe sugerir la idea de una repetición cíclica, según el mito del eterno retorno. La historia de la salvación es “[...] un movimiento abierto y ascensional hacia la plenitud del misterio de Cristo” (140); se celebra no para repetir, sino para crecer hasta que Cristo sea todo en todos (Ef 3,17-19).

Jesús insistirá en la necesidad de saber leer las señales de los tiempos, en el discernimiento espiritual de la realidad para comprender la voluntad de Dios en cada momento de la historia humana, para evitar el apocalípticismo ahistórico, el moralismo sapiencial o el ritualismo. La observancia de ciclos y fiestas no debe limitarse a reproducir mecánicamente las tradiciones; debe orientarse a ese gran propósito de recordar para transformar, de mirar al pasado para iluminar el presente y vislumbrar el futuro, lo que implica la aceptación de responsabilidades concretas.

De esa manera, el Año Litúrgico expresa una teología bíblica de la historia y el tiempo como ámbitos de la salvación. López Martín lo define de la siguiente manera:

El año litúrgico es una epifanía de la bondad de Dios que ha hecho irrupción y se ha manifestado en el curso de la historia de la salvación. Pero es también el resultado de la búsqueda de una respuesta del pueblo de Dios a esa bondad en la fe y la conversión, es decir, caminando en la presencia del Señor para vivir en fidelidad a la elección de que ha sido objeto [...] en la comunión de la alianza.(59)

Tal como lo señala James White, el Año Litúrgico es un espacio para la proclamación y la acción de gracias. En la medida que aceptemos lo que Dios ha hecho —y sigue haciendo— por nosotros, la iglesia podrá actuar. El Año Litúrgico “[...] es un re-

cuerdo constante de las dádivas de Dios que no podemos crear, sino apenas aceptar [...] los hechos de Dios son conmemorados y nuestra comprensión de los mismos se profundiza” (53).

Origen y desarrollo histórico del Año Litúrgico

1. El domingo: día de la asamblea cristiana

El Año Litúrgico comienza a conformarse a partir de la experiencia de la resurrección. Las comunidades cristianas del primer siglo señalaron el domingo como el día indicado para su reunión semanal, el día en que Jesús resucitó de entre los muertos. La iglesia, en su reunión dominical, rememora la vida, muerte y resurrección del Señor, afirmando la presencia del Espíritu del resucitado en la vida de sus seguidores y seguidoras.

Algunos textos neotestamentarios afirman ya la importancia del domingo como día de culto para la iglesia. 1 Co 16,1-2 habla de la colecta el primer día de la semana; Hch 20,7-12 relata una experiencia de reunión comunitaria; Ap 1,9-10 ubica la visión de Juan en el “día del Señor”. En la *Didajé*, documento siríaco de finales del primer siglo, se precisa que el Día del Señor es el día de la reunión regular de la comunidad para celebrar la eucaristía.

La memoria de Jesús vivifica y fortalece el testimonio de la comunidad cristiana. Recordar sus palabras, sus gestos de sanidad y liberación, el ejemplo de su vida entregada por la causa del Reino de Dios y su justicia, constituye el sentido fundante de la celebración semanal. De esa manera, cuando la iglesia celebra su culto dominical, la afirmación de la vida y la esperanza ocupa un lugar central. Nos reunimos alrededor de la palabra y la mesa del resucitado para recibir fuerzas y llevar adelante el testimonio evangélico en medio de nuestras realidades históricas.

Comprender y celebrar el primer día de la semana como día de los comienzos, de la nueva creación, ha sido tema central en el desarrollo de la teología del domingo y de la propia liturgia cristiana. La riqueza del domingo se amplía y se profundiza al entenderlo, no solamente como memoria y actualización de la resurrección de Jesús, sino, además, como memoria de la creación del mundo, de la separación de la luz y las tinieblas (Gn 1,4-5). En Cristo, somos

una nueva creación, y, en su resurrección, aguardamos su venida definitiva; de ahí que el domingo también afirme nuestra esperanza escatológica, la presencia anticipada de la parusía del Señor.

2. *El ciclo pascual*

2.1 *La Pascua anual*

La pascua cristiana hunde sus raíces en la pascua hebrea. En el contexto de la celebración de la pascua judía, Jesús establece la celebración de la eucaristía en memoria de él. Sobre la base de la estructura ritual de la pascua israelita, Jesús reinterpreta aquella fiesta a la luz de su propia experiencia pascual, su pasaje de muerte a vida. Sissi Georg lo resume de la siguiente manera:

La Pascua judaica conmemora al Dios que pasa en medio de los hebreos y los protege del exterminador (Ex 12). Celebra también la liberación que Yahvé realizó, liberando a su pueblo de la esclavitud de Egipto y dando a los hebreos la tierra prometida (Ex 13; Dt 16). La Pascua de los cristianos tiene otro significado. Cristo es identificado como el Cordero Pascual (1 Co 5; 6; 1 P 1,18-21). El Cordero fue inmolado y venció la muerte por la resurrección.(11)

El ciclo pascual encuentra su origen en la celebración de la Pascua anual, la cual se observaba ya a finales del siglo II y se expresaba en la vigilia de Resurrección. Aldazábal nos comenta:

Los primeros documentos en que se pueden ver alusiones a una celebración anual de la Pascua cristiana son la *Epistola Apostolorum*, un escrito apócrifo de mediados del siglo II, y las homilías de Melitón de Sardes y del Pseudo Hipólito [...] Estos escritos no solo nos presentan a Cristo como nuestra Pascua, sino que nos dan noticia de que ya se ha organizado en la comunidad cristiana una celebración anual de la Pascua: la comunidad se reunía en la noche pascual con lecturas bíblicas y Eucaristía.(21)

En la segunda mitad del cuarto siglo, comienzan a delinearse las celebraciones de Semana Santa. José Manuel Bernal llama a

este proceso desdoblamiento, desmembramiento o fragmentación de la celebración anual de la Pascua.

2.2 *El triduo pascual y la Semana Santa*

La celebración del triduo pascual, que rememora los momentos cruciales de la pasión y resurrección de Jesús, constituye el núcleo de la Semana Santa. Orígenes habla del viernes como recuerdo de la pasión, del sábado como recuerdo del descenso a los infiernos y del domingo como recuerdo de la resurrección. San Agustín se refiere al sacratísimo triduo de la crucifixión, a la sepultura y a la resurrección. El Viernes Santo es la memoria de la crucifixión.

En Jerusalén encontramos, a fines del siglo IV, el primer testimonio de la celebración litúrgica de viernes santo. Según el vivo relato de Egeria, se trata de una jornada dedicada íntegramente a la oración itinerante, que lleva a los fieles, el jueves por la tarde, del Monte de los Olivos a Getsemaní, y el viernes, del Cenáculo (donde se veneraba la columna de la flagelación) al Gólgota. Allí el obispo presenta el madero de la cruz a la veneración del pueblo. Cada estación incluye lectura de las profecías de la pasión y de los evangelios, cantos de salmos y oraciones. (Jouanel, "El año" 934)

El sábado santo, recordamos el reposo del Señor, día de meditación y espera silenciosa. Es día de recogimiento, ayuno, penitencia y oración, en el cual nos preparamos para celebrar la vigilia de Resurrección. Es el momento de reflexionar en el descenso de Cristo a la morada de los muertos para que estos fueran redimidos. Este descenso tiene su ascenso en la resurrección. En este día contemplamos el total despojamiento del Hijo de Dios, "[...] meditando en nuestra propia muerte y en aquellos que nos precedieron y están a la espera de la resurrección" (Valentini, *Liturgia* 79).

La vigilia pascual constituye el centro del triduo y comienza en la noche del sábado. El Domingo de Resurrecciones el día de la alegría y la esperanza, la victoria de la vida sobre la muerte,

“el paso del duelo a la fiesta” (Bellavista, *Nuevo Diccionario de Liturgia* 2011). En esta noche de liberación, el contenido de la liturgia se concentra en los dos grandes sacramentos cristianos: el bautismo y la Cena del Señor. Mediante el bautismo, los cristianos y las cristianas mueren y resucitan con su Señor. Por medio de la comunión eucarística, participan del sentido de la vida de Jesús: el sacrificio y la entrega. Gregorio Lutz afirma:

En esta noche el Resucitado está presente y activo en su iglesia, por la incorporación de nuevos miembros que pasan con él de la vida del hombre viejo para una vida nueva, de la vida según la carne para una vida según el Espíritu. Los otros que ya fueron incorporados renuevan y profundizan esta nueva vida, entrando más en el misterio de Jesús muerto y resucitado. (16)

Al bautismo y la celebración de la comunión, se sumaron, también, el rito del lucernario y la liturgia de la palabra. La bendición del fuego nuevo y la procesión de la luz de Cristo, simbolizado en el gran cirio pascual, recuerdan a la comunidad cristiana la victoria de la luz sobre las tinieblas, rememoran que Cristo es nuestra luz y que sus seguidores somos llamados a ser luz del mundo. Las lecturas bíblicas de la vigilia recorren diferentes momentos de la historia de la salvación, en los cuales encontramos experiencias pascales de liberación (Gn 1,1-2; Ex 14,15-15,1; Ez 36,16-28; Mt 28,1-10).

A partir del triduo pascual, la Semana Santa es completada por la celebración del Domingo de Ramos y el Jueves Santo. Ya en el siglo IV, Jerusalén era testigo de la liturgia que recordaba, en los escenarios originales, la entrada de Jesús a la ciudad. Entonando himnos y antifonas, los fieles acompañaban al obispo en una multitudinaria procesión, con ramas de palmera y olivo. La liturgia de Jueves Santo rememora la institución de la eucaristía y el lavatorio de pies que, como gesto de servicio y solidaridad, confirma ese sentido en la Cena del Señor: la autodonación amorosa de Jesús. En este día, también ocurría el rito de la reconciliación de los penitentes —con lo cual concluía la Cuaresma— y la consagración del aceite a ser usado en los bautismos pascales y la unción de los enfermos.

2.3 *El tiempo pascual*

La fiesta de la resurrección se prolonga durante cincuenta días y culmina con la celebración del domingo de Pentecostés. Es la estación más antigua del año cristiano. En estas semanas, se enfatiza la memoria de los encuentros del Resucitado con sus discípulas y discípulos. Los testimonios escritos sobre la cincuentena pascual se remontan a mediados del siglo II. Se entendía el período como una gran fiesta continua, de mucha alegría, donde no faltaba el canto del Aleluya, la celebración diaria de la comunión y la prohibición del ayuno. Esos días muestran que los cristianos y las cristianas ya viven en la nueva realidad inaugurada por Cristo Resucitado.

De acuerdo con el testimonio bíblico, la ascensión de Jesús a los cielos es recordada a los cuarenta días de su resurrección (Hch 1,1-11), aunque esta fiesta, en sus inicios, estuvo unida a Pentecostés —por la promesa de Jesús, al subir a los cielos, de la venida del Espíritu sobre sus discípulos— y no fue hasta la segunda mitad del siglo IV en que se comenzó a celebrar de manera independiente el día cuarenta. El misterio celebrado en la Ascensión es “[...] la inauguración de la realeza universal y cósmica del Señor y de su poderío en el mundo” (Bergamini 1995 420).

La Ascensión también tiene implicaciones para la misión de la iglesia. Durante esos cuarenta días, Jesús precisa las características del reino mesiánico para que la nueva comunidad dé testimonio hasta los confines del mundo. Los seguidores y seguidoras de Jesús, “[...] en lugar de mirar al cielo, han de realizar en la tierra por la fuerza del Espíritu Santo, su misión de testigos de la fe” (Bellavista, “La cincuentena pascual” 140).

La fiesta de Pentecostés celebra la venida del Espíritu Santo sobre la iglesia, capacitándola y ungiéndola para su misión y su testimonio en el mundo. Para ello, la iglesia necesita estar unida. Marcelo Barros reflexiona al respecto:

El Espíritu que el Resucitado dio a los suyos es el espíritu de la unidad. Llenos del Espíritu Santo, los discípulos pudieron comunicarse con las más diversas lenguas y culturas. Pentecostés

fue lo contrario de Babel y, cada año, nos recuerda el nacimiento de la iglesia de Cristo y su vocación más profunda: la unidad. (5)

El Pentecostés tiene una relación íntima con la Pascua; es consecuencia definitiva de la resurrección. Jesús Resucitado sopla sobre la comunidad y les da el Espíritu en la propia tarde el Domingo de Resurrección (Jn 20,21).

Pentecostés, inicialmente, era la fiesta de las cosechas (Ex 23,14). Con los acontecimientos del Éxodo perdió su carácter agrícola para convertirse en fiesta memorial de la alianza de Dios con su pueblo en el monte Sinaí, cincuenta días después de la liberación de Egipto. Asimismo, “[...] la iglesia es el nuevo pueblo nacido de la nueva alianza en la sangre de Cristo, y vivirá, por la acción del Espíritu del Resucitado, en la dimensión de la gracia y el amor de Dios” (Triana y López, *Manual Litúrgico* 64-65).

2.4 La Cuaresma

El ciclo pascual es completado finalmente por un período de preparación para la celebración de la pasión y resurrección de Cristo, que se extiende durante cuarenta días (de ahí “cuaresma”, del latín *cuadragesima*), comenzando el Miércoles de Ceniza y culminando el Jueves Santo antes de la celebración nocturna del primer día del triduo pascual. La Cuaresma se inspira en los modelos bíblicos que recuerdan etapas en las cuales el pueblo de Israel, sus líderes y el propio Jesús entran en un proceso de maduración y confirmación de sus vocaciones de fe. En la teología bíblica, el número 40 evoca siempre la idea de la preparación:

Así, los cuarenta años que el pueblo pasó en el desierto constituyen un tiempo de preparación antes de entrar en la tierra prometida. Los cuarenta días de ayuno prepararon a Moisés y a Elías para el gran encuentro con Yahvé. Los cuarenta días de Jesús en el desierto le prepararon al ministerio público que estaba a punto de emprender. También pueden interpretarse en este sentido los cuarenta días de penitencia predicados por Jonás. Fueron un tiempo de preparación a la reconciliación y al perdón. (Bernal 160)

De ahí que la Cuaresma acentúe la necesidad de revisar y discernir la vida cristiana en la medida en que nos acercamos a la recordación y participación del misterio pascual de Cristo. La Cuaresma nos propone profundizar en nuestro compromiso con el Evangelio en el seguimiento a Jesús, en un camino marcado por signos de muerte y vida, de cruz y servicio, de sufrimiento y solidaridad. Por ello, la Cuaresma es

[...] tiempo de conversión, de arrepentimiento, de oración intensa y regreso a Dios [...] Para la iglesia es importante valorar la Cuaresma como el camino de Jesús a Jerusalén, camino lleno de señales, palabras, alegrías, pero también cargado de sacrificios, sufrimientos, rechazos, sinsabores, tentaciones y pruebas que irían forjando en él su vocación salvífica y liberadora, su compromiso con Dios y su creación entera, el sentido de su existencia hasta la entrega amorosa de la cruz. (López 12)

Antiguamente, la iglesia observaba un breve tiempo de preparación y ayuno antes de la fiesta de la resurrección. No fue hasta el siglo IV en que se conoce de la existencia de la Cuaresma como estación litúrgica ya establecida y marcada, fundamentalmente, por la preparación final para el bautismo, el ayuno, la oración y la observación de la penitencia para quienes se habían alejado de la comunidad y serían incorporados de nuevo a ella en el rito diurno del Jueves Santo. La imposición de las cenizas indicaba, precisamente, la admisión a los ritos penitenciales. El rito de la reconciliación de los penitentes se inspira en la reconciliación que ocurre entre Dios y el género humano por medio de la muerte y resurrección de Cristo.

Queda claro, entonces, el carácter bautismal de la Cuaresma, sobre el cual se funda el penitencial: “[...] la iglesia es una comunidad pascual porque es bautismal” (Bergamini 1987 498). El bautismo no solamente indica la entrada plena a la comunidad de fe sino que, asimismo, propone una actitud de vida que muestre los frutos de esa decisión por medio de una conversión permanente. La oración, el ayuno y la limosna —traducida como la práctica de la justicia— han constituido los pilares o fundamentos de la

espiritualidad cuaresmal, los cuales necesitan ser redimensionados hoy desde las vivencias individuales y comunitarias.

3. *El ciclo de Navidad*

El segundo gran ciclo del Año Litúrgico se estructura de manera similar al primero. Si el ciclo pascual cuenta con una celebración cumbre —la Resurrección de Cristo—, un tiempo de prolongación —el tiempo pascual— y un tiempo de preparación —la Cuaresma—, igualmente, la fiesta de la Navidad, la encarnación de Dios en la persona de Jesús, constituye el eje del segundo gran ciclo, con un tiempo de prolongación —las fiestas de Epifanía— y un tiempo de preparación, el Adviento.

3.1 Navidad y Epifanía: dos fiestas para un mismo acontecimiento

Cuando en la iglesia romana del cuarto siglo comienza a celebrarse la fiesta de la Natividad del Señor el día 25 de diciembre, como resultado de una cristianización de la antigua fiesta del *Natalissolis invicti* (“nacimiento del sol invicto”), en las iglesias orientales ya existía la fiesta de la Epifanía —Manifestación del Señor—, que se celebraba el día 6 de enero —día de conmemoración bien del nacimiento de Jesús, su bautismo o el milagro en las bodas de Caná de Galilea, según la práctica de cada región—. Es probable que la fecha del 6 de enero correspondiera a una celebración antigua en honor a algún dios solar en la ciudad de Alejandría.

Es por ello que las fiestas de Navidad y Epifanía no se proponen celebrar el aniversario de Jesús —cuya fecha desconocemos— sino, más bien, contrarrestar las fiestas ancestrales del solsticio de invierno —cuando en el hemisferio norte se incrementa la fuerza y la duración de la luz del sol—, fijadas en los días ya señalados, y sustituirlas por la adoración a Jesucristo, verdadera luz del mundo. La asimilación del simbolismo del sol a la figura de Cristo encontró rápidamente su fundamento bíblico (Sal 18,6; Mal 4,2; Lc 1,78; Jn 8,12).

Con el paso del tiempo, las prácticas litúrgicas de Oriente y Occidente interactúan y se influyen mutuamente. En la tradi-

ción occidental, el 25 de diciembre sigue siendo el día de la Navidad —nacimiento del Señor— y el 6 de enero es la celebración de la Epifanía, con lo que se hace énfasis en la visita de los sabios del Oriente al niño Jesús y su familia (Mt 2). Este tema, unido al bautismo de Jesús en el Jordán y su primer milagro público en las bodas de Caná, constituyen las fiestas de Epifanía, que suelen concebirse como una prolongación de la Navidad, aunque son parte del mismo evento central de la encarnación. Como se ve, a diferencia de la Pascua —una celebración histórica—, Navidad y Epifanía son fiestas estacionales cuyas fechas carecen de base histórica.

Si el propósito central de las fiestas de Epifanía y Navidad no es quedarse en el marco estrecho de la celebración del aniversario cronológico de Jesús, lo más apropiado es comprenderlas bajo el signo teológico de las manifestaciones de Dios a la humanidad en la persona de su Hijo. Sin la encarnación, no hubiera existido pasión ni resurrección, ni tampoco vendría el Espíritu sobre la comunidad de seguidores del Resucitado. Así se integran las festividades más antiguas del calendario litúrgico: Epifanía, Pascua y Pentecostés. A estos momentos cruciales de la historia de la salvación les faltaría la dimensión de la espera escatológica de la manifestación plena del Reino de Jesús, la cual constituye un tema fundamental de la estación del Adviento.

3.2 El Adviento

Adviento proviene del latín *adventus*, “advenimiento”, “venida”. En las prácticas cultuales de la sociedad grecorromana, el adviento señala la venida anual de la divinidad a su templo para visitar a sus fieles. En el ambiente de la corte, el término señalaba la primera visita oficial de algún personaje importante al asumir un cargo. En la literatura cristiana de los primeros siglos, *adventus* designó la venida de Cristo entre los seres humanos. Adviento, Navidad, Epifanía expresan, de este modo, la misma realidad fundamental.

White comenta los comienzos del Adviento de la siguiente manera:

Un concilio realizado en España en el año 380 decretó que “a partir del 17 de diciembre hasta el Día de la Epifanía, que es el 6 de enero, nadie tiene permiso para ausentarse de la iglesia”. Este es un precedente para el Adviento en una época en que la propia Navidad aún era desconocida en España. En el siglo v, un período de 40 días para la preparación de la Epifanía estaba siendo practicado en regiones de la Galia (este era un paralelo de la Cuaresma, y comenzaba más o menos cuando el Adviento comienza actualmente). Finalmente, Roma adoptó un Adviento de cuatro semanas antes de Navidad. (48)

El Adviento es una celebración de origen netamente occidental. Los primeros indicios provienen del siglo vi: “[...] las homilías de Gregorio Magno (590-604) atestiguan que en su tiempo, había ya en Roma un período de preparación para la Navidad. El Adviento primitivo fue solamente una preparación piadosa y ascética para la Navidad” (Dos Santos, “O dia da nossa libertação” 3). A partir del siglo vii, el Adviento comienza a ser un tiempo de espera de la venida del Señor y no simplemente un período que prepara la Navidad. Se incorporan así, en la teología del Adviento, los temas de la parusía y el juicio final.

La espiritualidad del Adviento combina dos grandes temas: la preparación para celebrar el nacimiento de Cristo —primera venida— y la espera de su venida gloriosa al final de los tiempos. La primera venida de Cristo anuncia la segunda y esta última se fundamenta en la anterior. El Adviento expresa la tensión entre *el ya* de la salvación cumplida en Cristo y *el todavía no* de la manifestación plena de esa salvación. La espera del tiempo nuevo no es una actitud pasiva. Esperamos el mundo nuevo preparando las condiciones para su alumbramiento.

La esperanza escatológica de la iglesia se alimenta de las acciones concretas que cristianos y cristianas realizamos para anticipar ese mundo justo y fraterno que soñamos. De ahí que el Adviento acentúe la dimensión histórica de la salvación. La primera venida destaca que Dios se hace historia en nuestro tiempo. La espera de la segunda venida nos orienta hacia el cumplimiento de las promesas de Jesús: “Es por esta razón que el Adviento también

apunta hacia el carácter misionero de la iglesia. En tanto celebra la primera venida de Cristo y aguarda su regreso, la iglesia actúa" (Martini, "Tempo litúrgico" 12).

Barros y Carpanedo afirman que:

El Adviento es el tiempo que más concretamente expresa la denuncia profética de la iniquidad del mundo y la proximidad del Señor que trae la salvación. La liturgia, siendo el memorial del Señor presente en medio de su pueblo, supone una espiritualidad y una práctica social de Adviento y se expresa como sacramento de la caminata del pueblo hacia el Reino. En un mundo marcado por el comercio excluyente, en que la Navidad se volvió sacramento de la religión capitalista y neoliberal, es urgente el profetismo de celebrar que Dios viene como libertador y aguardar la manifestación de su venida en las luchas de los pobres y pequeños. (85)

De acuerdo con estos autores, se puede concluir que el Adviento promueve una espiritualidad litúrgica transformadora.

4. El tiempo común

Los ciclos de Pascua y Navidad constituyen los llamados "tiempos fuertes" del Año Litúrgico, en los cuales se condensan los grandes eventos que fundamentan la fe cristiana: la resurrección y la encarnación de Cristo. Las semanas comprendidas entre estos dos ciclos conforman un período que ha recibido varios nombres: "tiempo común", "tiempo ordinario" o "tiempo durante el año". Los domingos que siguen a las fiestas de Epifanía también son llamados "domingos después de Epifanía". De igual forma, los domingos que siguen a la fiesta de Pentecostés serían los "domingos después de Pentecostés". Antiguamente, estos dos períodos eran entendidos como épocas diferentes sin un vínculo entre sí. Hoy en día, son concebidos de manera unitaria, como una sola serie.

El eje que mantiene unidos los domingos del tiempo común es la celebración del Día del Señor. El énfasis de estas semanas es profundizar en el significado teológico del domingo como Día

del Señor, día de la memoria de la resurrección y por ende, del inicio de la nueva creación, del tiempo nuevo inaugurado por la presencia y la acción del Resucitado en medio de la iglesia. Por lo tanto, el tiempo común no debería parecernos un período débil en comparación con los ciclos de Pascua y Navidad. El tiempo durante el año nos remite, nuevamente, a los orígenes litúrgicos de la iglesia cuando todavía no se había estructurado el Año Litúrgico y las comunidades cristianas vivían de manera intensa el recuerdo y la actualización de la pascua de Jesús cada semana.

Los domingos del tiempo ordinario nos ayudan a valorar la repercusión de las celebraciones de Navidad y Resurrección en el cotidiano de la vida. Las emociones vividas y los compromisos asumidos durante los tiempos fuertes deben convertirse en testimonio de vida, fortaleciendo así la tarea misionera y profética de la iglesia. Por eso, algunos han denominado al tiempo común como “Tiempo del Reino”. Según White, la idea proviene de las reformas realizadas por los protestantes norteamericanos al Año Litúrgico en las primeras décadas del siglo xx. El Tiempo del Reino —o época de la misión de la iglesia— nos invita a perpetuar las enseñanzas y gestos de Jesús en la vida y obra de la iglesia.

Es el tiempo del crecimiento, no solo en términos de evangelización y discipulado, sino, también, de maduración de la fe de los y las creyentes. El tiempo común constituye una invitación permanente a ser comunidades del Reino, a extender, en medio del mundo, las acciones de sanidad, liberación, reconciliación y salvación que Jesús hiciera. Este es el sentido que debe marcar la celebración semanal del Día del Señor.

Por otro lado, el tiempo común debe ser entendido como un período de reposo y asimilación, haciendo posible la interiorización de las verdades y potencialidades del Reino. Carpanedo habla de la búsqueda de la calma después de lo extraordinario como elemento de equilibrio y normalidad. Y añade:

El Tiempo Común nos reconcilia con lo normal y nos ayuda a descubrir el día-a-día como tiempo de salvación, según la promesa del resucitado: “estará con ustedes todos los días”. El

Señor se revela a nosotros, en los acontecimientos diarios, en nuestras vivencias y cansancios, en la convivencia, en el trabajo [...] Es ahí, en el interior de cada día, que damos prueba de nuestra fidelidad.(4)

En el transcurso del tiempo y el desarrollo del Año Litúrgico, el tiempo ordinario se ha enriquecido con la incorporación de otras fiestas y solemnidades. El domingo después de Pentecostés se celebra el Domingo de la Trinidad —con lo que se reconoce el cumplimiento de la salvación realizada por Dios, a través de Cristo, en el Espíritu Santo—. En la tradición protestante, el 31 de octubre se recuerda la Reforma —un desafío constante a la iglesia que se acomoda y pierde la capacidad de responder al tiempo en que vive.

Una de las últimas fiestas incorporadas al calendario cristiano —instituida por Pío XI en 1925— fue la solemnidad de Cristo Rey del Universo, un domingo antes del inicio del Adviento. Afirmar que Cristo es el Señor de la historia y único Rey del universo no es solo confesarle como primogénito de la nueva creación. Es, también, “[...] reconocer la prioridad de su señorío y definir nuestra lealtad al Evangelio frente a los poderes —políticos, económicos, religiosos— de nuestro tiempo” (Triana y López 81).

Otras solemnidades observadas son la Transfiguración del Señor, la Exaltación de la Cruz; la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo (*Corpus Christi*) y la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, estas dos últimas en la tradición católico-romana. Teológicamente hablando, estas fiestas —incluyendo Trinidad y Cristo Rey— no celebran ningún aspecto particular del misterio de Cristo ni sugieren un contenido específico que no esté ya presente en los ciclos fuertes. Por ello, son llamadas fiestas “de idea”, al versar sobre alguna verdad de la fe, algún aspecto de la enseñanza y la piedad cristiana o sobre ciertos títulos del Señor. Igualmente, se les conoce como fiestas devocionales, temáticas o dogmáticas.

A nivel local, las iglesias cristianas celebran, asimismo, el aniversario de su fundación, de la dedicación de los templos y otros eventos importantes en la vida y la historia de cada comunidad.

De igual modo, el tiempo común es más propicio para tener en cuenta efemérides importantes, que transmiten la historia, el carácter y la sensibilidad de nuestro mundo moderno: el Día de la Mujer, el Día de las Madres, el Día de los Padres, el Día de la Independencia —según cada nación—, el Día del Medio Ambiente, el Día Mundial de la Lucha contra el SIDA. Estas fechas —y otras, también, de origen no religioso— deben ser asumidas por el calendario cristiano por varias razones.

En primer lugar, la encarnación y la resurrección son eventos que muestran la entrada de Dios en la historia humana. Al incorporar estas efemérides, la iglesia se identifica con la historia humana en la cual está insertada y ofrece, además, una lectura cristiana de estos eventos, enriqueciendo su significado.

Segundo, la iglesia celebra la historia de la salvación en diálogo constante con las culturas y las tradiciones humanas. De no ser así, ¿cómo proclamar un evangelio encarnado en la realidad que la gente vive?, ¿cómo comunicar un mensaje que sea relevante, pertinente y actual?

Tercero, entretener el calendario cristiano con el calendario secular es mostrar fidelidad al propio proceso de origen y desarrollo del Año Litúrgico, el cual nació y creció en interacción con las prácticas culturales de los pueblos.

Por último, sentir como propios los clamores y anhelos de la humanidad —y la iglesia no es otra cosa que humanidad regenerada por el amor de Dios— ayudará a los cristianos y cristianas a seguir superando ese abismo fatal e innecesario entre iglesia y mundo, que produce un evangelio estéril y desentendido de la vida.

5. *Espiritualidad y pastoral del Año Litúrgico*

5.1 *Encarnar la salvación en el aquí y el ahora de la historia*

La pastoral del Año Litúrgico debe ayudar a colocar la vida en consonancia con la misión de Dios. La iglesia es comisionada; colabora con la acción redentora de Dios en el mundo y las etapas del Año Litúrgico muestran los diversos momentos de esa acción, que profundiza el seguimiento a Cristo en el contexto de

la vida cotidiana. Lo importante es encarnar el hecho salvífico celebrado en el testimonio cristiano.

El Año Litúrgico ayuda a las comunidades cristianas a encontrarse con el Dios de la historia, el Dios de Jesús. Para que esta herramienta litúrgica sea pertinente y relevante, cada momento de la historia de la salvación (Semana Santa, Pentecostés, Navidad) se actualiza en *el aquí* y *el ahora* de la vida humana. La esencia de la fe cristiana se presenta de manera íntegra y auténtica, y confronta creativamente el lenguaje bíblico y las formas actuales con que el ser humano se comunica.

El Año Litúrgico no es una idea sino una persona: Jesucristo y su misterio actuante en el tiempo. La memoria de Jesús es celebrada entonces como presencia y profecía: Cristo actuando en la comunidad y trayendo una palabra de exhortación y esperanza para nuestro tiempo. El carácter cristocéntrico del Año Litúrgico alimenta una espiritualidad centrada en las enseñanzas y la vida de Jesús. El Evangelio es el criterio ético fundamental que orienta la vida y la acción de la iglesia. Participar del bautismo y de la mesa del Señor son señales que nos comprometen con esa nueva realidad que Jesús inicia y la iglesia prolonga en el mundo: el Reino de Dios y su justicia.

Sin embargo, como afirma Bernal, los ritos no son suficientes para transformar el mundo. Creer en Jesús y aceptar el bautismo implica

[...] asumir una permanente actitud de transformación y cambio. Por otra parte, celebrar la eucaristía es proclamar que es posible la fraternidad; es asumir un compromiso de lucha contra todo lo que se opone y bloquea el proyecto evangélico de fraternidad universal; es declararse enemigo de todo lo que esclaviza al hombre; es estar dispuesto, como Jesús, a dar la vida para que el mundo se salve. Ritualidad y militancia no son dos opciones contrapuestas.(46-47)

Los seres humanos que celebran y acogen el don de Dios deben responder con una vida de compromiso y servicio para renovar su realidad.

5.2 *La reiteración como proceso de crecimiento y maduración*

Cuando se afirma que las celebraciones del Año Litúrgico no son mera repetición sino crecimiento hacia la consumación del Reino de Dios, se está haciendo referencia a un crecimiento con responsabilidad histórica. Ese crecimiento viene dado por el nivel de toma de conciencia de las particularidades históricas en que se encarnan y se expresan los contenidos de la fe cristiana.

Cada año, los temas abordados en el Año Litúrgico encuentran nuevos desafíos, lanzados desde la vida de la iglesia, la sociedad, la familia; desde las urgencias del deterioro del medio ambiente; desde los conflictos éticos, políticos, militares y religiosos. En efecto “lo que se repite en el año litúrgico, en efecto, nunca se repite de la misma manera [...] sino siempre en un nivel superior, en un contexto inédito y distinto, porque el mundo y la humanidad, los cristianos y los que celebran ya no son lo que eran un año [...]” (CELAM 396).

Del mismo modo, Casiano Floristán observa los aportes del carácter cíclico del Año Litúrgico para el proceso de maduración y fortalecimiento de la comunidad de fe, que celebra, permanentemente, las obras de Dios en su vida.

La repetición anual de las fiestas hace que el rito anude y unifique las vivencias y experiencias personales y grupales de la fe. La reiteración litúrgica responde, de una parte, a la necesidad de ahondar el significado del ritual, con objeto de que se desarrolle y madure el sentimiento religioso, suscitado por el símbolo que cristaliza las pulsiones más hondas de la persona [...] la repetición ritual ayuda a mantener la memoria personal y colectiva que contribuye a la identificación de las personas y los pueblos. (494)

5.3 *Dimensión ecuménica y escatológica*

El misterio pascual que es celebrado a lo largo del Año Litúrgico se manifiesta en su dimensión ecuménica y escatológica. Cuando celebramos la renovación de la vida y la historia, nada, dentro del mundo creado, queda fuera del alcance de la acción salvífica de Dios en Cristo. La liturgia cristiana siempre ha sido celebración histórica, celebración en la historia y celebración de

la historia. Tierra, humanidad e historia forman un solo conjunto. La historia humana es tan solo una pequeñísima porción de la historia del universo.

Es necesario incorporar esa historia universal, cósmica, en el espacio litúrgico, pues también la ancestralidad del universo nos habla de la obra creadora de Dios. Es hora de reconocer que la historia de la humanidad siempre tuvo un escenario natural aún no tomado en cuenta como sujeto histórico. La historia de la salvación es, igualmente, la historia de la creación. La ecología es el lugar de la venida de Dios.

La creación entera gime por un nuevo tiempo de paz, comunión y justicia. La irrupción del Reino de Dios en la historia y la esperanza de la redención final son experiencias cósmicas y universales. No solo se limitan a los cristianos, a las religiones, ni a los seres humanos, “[...] es una inspiración, una voz que expresa el gemido del universo, un clamor que se eleva de todas las criaturas que aguardan su redención” (Carpanedo y Barros 87).

La Cena del Señor es señal de ese mundo nuevo que soñamos. Cuando participamos de la Santa Cena, anunciamos la esperanza de que todos los seres humanos podamos sentarnos a una mesa común y compartir el fruto de nuestro trabajo en armonía y fraternidad. A la vez, se denuncia un orden económico injusto y desigual, que aún condena a millones de personas a la pobreza y el hambre, y se anuncia que el horizonte de la humanidad es una mesa donde todos y todas, en igualdad de condiciones, disfrutemos de los bienes de la creación.

La dimensión escatológica del Año Litúrgico no consiste en la proyección de la vida en una realidad metafísica, supra mundana. La celebración litúrgica no sustrae a la comunidad de su tiempo histórico para realizar el culto en un clima de eternidad o atemporalidad, fuera del dominio de las leyes humanas y naturales. La liturgia se sitúa en la historia actual, con sus valores y problemas. En ella confluyen

[...] el pasado, con toda su riqueza de intervenciones de Dios, el presente, con sus circunstancias concretas y determinantes

de la asamblea que celebra, y el futuro, como meta escatológica que moviliza la esperanza y el compromiso de los cristianos [...] “Cada vez que comemos de este pan y bebemos de esta copa, anunciamos la muerte del Señor, hasta que él vuelva”. La liturgia es celebrada en la tensión de una línea que avanza en la dirección del encuentro definitivo con el Señor de la historia. (CELAM 395)

Cuando recordamos el pasado, el presente es iluminado y el futuro vislumbrado con esperanza. El Año Litúrgico anuncia la llegada de un tiempo nuevo en la sucesión de los finales y los comienzos. Cada fin de estación lleva en sí mismo la simiente de otra que se inicia.

5.4 El diálogo entre fe y cultura

El Año Litúrgico se apropia de las estructuras religiosas, antropológicas y culturales de los pueblos, y lo hace desde la peculiaridad de la fe bíblica. Tanto el pueblo de Israel como la iglesia reinterpretan las tradiciones religiosas de los pueblos, relativizando sus elementos festivos y situando al ser humano por encima de las estructuras litúrgicas. De esa manera, el Año Litúrgico se orienta hacia la sistemática y plena liberación humana.

Las festividades desarrolladas a lo largo del Año Litúrgico procuran la renovación de la vida de la comunidad. Así como la fiesta, en tanto acontecimiento cultural, es un espacio de ruptura con la rutina, re-creación de la vida y afirmación de los valores para un determinado grupo humano, de igual modo la liturgia cristiana celebra, durante el año, la iniciativa de Dios al acercarse y entrar en la historia de la humanidad, la libertad gozosa que Jesús nos da en su palabra y en su resurrección, y el empuje liberador del Espíritu al desafiarnos para romper con los órdenes establecidos y emanciparnos de nuestras esclavitudes cotidianas.

Bibliografía

- ALDAZÁBAL, José. *El triduo pascual*. Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 1998.
- AUGÉ, Matías. *El Domingo. Fiesta primordial de los cristianos*. Madrid: San Pablo, 1996.
- BARROS, Marcelo. *Celebrar ao Deus da Vida*. São Paulo: Loyola, 1995.
- BELLAVISTA, Joan. "Triduo pascual". *Nuevo Diccionario de Liturgia*. Dir. D. Sartore y Achille M. Triacca. Madrid: Paulinas, 2004-2013, 1987.
- _____. "La cincuentena pascual". *La celebración en la iglesia III. Ritmos y tiempos de la celebración*. Dir. Dionisio Borobio. Salamanca: Sígueme, 2000. 129-151.
- BERGAMINI, Augusto. "Cuaresma". Sartore y Triacca, 1987. 497-501.
- _____. *Cristo, fiesta de la iglesia. El Año Litúrgico*. Bogotá: San Pablo, 1995.
- BERNAL, José M. *Para vivir el Año Litúrgico*. Estella: Editorial Verbo Divino, 1997.
- CARPANEDO, Penha y Marcelo Barros. *Tempo para amar. Mística para vivir o ano litúrgico*. São Paulo: Paulinas, 1997.
- CELAM. *Manual de Liturgia II. A celebração do misterio pascal: Fundamentos teológicos e elementos constitutivos*. São Paulo: Paulus, 2005.
- CHUPUNGCO, Anscar J., coord. *O ano litúrgico. História, teologia e celebração*. São Paulo: Paulinas, 1991.
- DOS SANTOS, Beni. "O dia da nossa libertação". *Revista de Liturgia* 3 (1976): 1-14.
- FLORISTÁN, Casiano. *Teología Práctica. Teoría y praxis de la acción pastoral*. Salamanca: Sígueme, 1993.
- GEORG, Sissi. *Triduo Pascal. Serie Estudos de Liturgia No. 1*. São Leopoldo: Sinodal, 2001.
- JOUNEL, Pierre. "El año". *La iglesia en oración. Introducción a la Liturgia*. Ed. A. G. Martimort. Barcelona: Herder, 1992. 917-1050.

- LÓPEZ MARTÍN, Julián. "Tiempo sagrado, tiempo litúrgico y misterio de Cristo". *La celebración en la iglesia III. Ritmos y tiempos de la celebración*. Dir. Dionisio Borobio. Salamanca: Sígueme, 2000. 31-70.
- LÓPEZ, Amós. "Mensaje de Cuaresma". *Ágape* X 2 (2001): 12-15.
- LUTZ, Gregorio. *Pascoa ontem e hoje*. São Paulo: Paulus, 1995.
- MARTINI, Romeu R. "Tempo litúrgico". *Tear: liturgia em revista* 8 (2002): 8-14.
- TRIANA, Pedro y Amós López, ed. *Manual Litúrgico*. La Habana: Editorial CECIC-Consejo de Iglesias de Cuba, 2005.
- VALENTINI, Antonio. *Liturgia: fonte vital da comunidade*. Petrópolis: Vozes, 1985.
- VRIES, Simón de. "El tiempo en la Biblia". *Concilium*, 162 (1981): 172-191.
- WHITE, James. *Introdução ao culto cristão*. São Leopoldo: Sinodal, 2005.